

daras, aunque no faltan en mi casa, no te las daré; prefiero dárselas á los pobres.»

Llegados al lugar del suplicio, los mandarines rodearon á nuestros mártires con una doble fila de soldados, á fin de ocultar á la veneracion del pueblo las reliquias que él se preparaba á llevarse; pero apenas hubo corrido la sangre, cristianos y paganos se precipitaron de tropel para recogerla. En vano los soldados, cuyas filas fueron rotas, descargaban sobre la multitud sablazos de plano; ni siquiera hacian caso de ello. Aquel dia se estableció un comercio de que solo ofrece ejemplo la historia de los mártires. Vióse á los verdugos esplotando los despojos de sus víctimas, poner á precio la sangre que estaba pegada á sus sables, vender al por menor la barba de los ajusticiados, traficar con las cangas, con las jaulas donde estuvieron encerrados y con todo lo que fué para ellos un instrumento de dolor: la multitud se agolpaba por alcanzar siquiera alguna cosa de ellas, á cualquier precio que fuese. En tales circunstancias, son tantos los compradores aun de entre los idólatras, que al punto se termina la venta. Entonces se arranca la yerba y se reune preciosamente la tierra del sitio donde cayó la sangre de los mártires. Los paganos dan á beber de esta sangre á sus hijos enfermos, y se asegura que sanan. Los verdugos dicen que en el momento que descargan sus golpes sobre los mártires, se exhala como un perfume; antes de cortarles la cabeza, les suplican ordinariamente que los perdonen, y les piden permiso para quitarles la vida. Los mismos mandarines cedieron algunas veces al ascendiente de la virtud cristiana. En el martirio del P. Vien, vióseles rendir público homenaje á la inocencia de este santo sacerdote. Llegados al lugar de la ejecucion, le hicieron sentar pomposamente sobre cinco hermosos tapices enearnados y se permitió á los cristianos presentarle una mesa

con manjares y darle la última despedida. Llegada la hora de separarse, el mandarin ejecutor de la alta justicia levantó la voz y dijo al mártir: «Sabemos que no merecis la muerte y quisiéramos poder salvaros; pero las órdenes del rey no nos permiten hacerlo; perdonadnos pues, si nos vemos obligados á quitaros la vida, y no nos imputeis este crimen.»

Luego que se retiraron los soldados, nuestros cristianos, autorizados con el permiso del mandarin general, cogieron los cuerpos de los tres mártires y los llevaron á Vianh-Tri, unas cinco leguas de la ciudad de Vi-Hoang. Esta traslacion, que se hizo en la siguiente noche, fué un verdadero triunfo para la Religion. Nuestros cristianos se habian reunido en crecido número para acompañar el convoy. Al frente de la comitiva, llevaban los tres cartelones en que se leia la pena impuesta á cada uno de los tres confesores. Estas sentencias, dadas con el objeto de infamar sus nombres y sembrar el terror en el pueblo, servian antes bien para realzar su gloria y llevaban el gozo al corazon de sus hermanos en Jesucristo. Los tres convoyes caminaban alumbrados por multitud de luces. Los cristianos de las inmediaciones salian en turbas al camino y preparaban mesas para que los de la comitiva tomasen algun refrigerio. Era tal el entusiasmo de los cristianos que los mismos paganos se enternecieron. Despues de haber inhumado honrosamente los tres cuerpos en Vinh-Tri, se hizo la comida llamada de funerales. La que habian preparado los ocho hijos de Antonio Dich fué sumamente espléndida para aquel país; habia unas cuatrocientas mesas, lo cual supone sobre mil seiscientos convidados, porque allí cada mesa no es mas que para cuatro personas. Hé ahí pues en que vino á parar todo el furor de nuestros enemigos; el castigo que habian impuesto llenaba de gozo á aquellos á quienes se habia pretendido castigar; los

paganos, testigos de su suplicio, proclamaron su inocencia; sus funerales son celebrados como fiestas, y ahora nuestros cristianos, mas familiarizados con la muerte, se acostumbran á verla sin miedo.

En el año 1839 se redobló la persecucion. El 25 de noviembre dos sacerdotes indígenas del país obtuvieron la corona del martirio: Domingo Xuyen, y Tomas Du. Ambos fueron sujetos á padecer los mas crueles tormentos; especialmente el sacerdote Xuyen fué tratado con un refinamiento de barbárie. Se le abrasaron las piernas con planchas de hierro candente, se le taladraron las carnes con agujas, se le despedazó el cuerpo á azotes y le metieron puntas agudas por entre las uñas; sin hablar ahora de la canga, de las cadeuas, de los calabozos y de todo el demas acompañamiento de vejaciones y miserias que ponen á prueba el valor de todos los presos. En medio de tentaciones tan horribles, los dos venerables sacerdotes no mostraron un instante de debilidad. Tan poderosa es la gracia para sostener á los que buscan en Dios su consuelo y su apoyo. En fin, consumaron su martirio con el último suplicio el 25 de noviembre. En 19 de diciembre siguiente el Tong-King oriental tuvo cinco nuevos mártires: Francisco Javier Mau y Domingo Uy, catequistas; Tomás Dé, sastre; Esteban Viuh y Agustin Moi, labradores. Estaban presos desde mediados del año 1838. El Papa Gregorio XVI celebró la virtud de los mártires del Tong-King en su alocucion de 27 de diciembre de 1840 en presencia de los cardenales.

Las persecuciones y ejecuciones no cesaron ni aun por la muerte de Minh-Menh acaecida el 20 de enero de 1840, pues continuaron en tiempo de su hijo y sucesor Thieu-Tri. Segun ya hemos dicho, ambos debian su trono á los cristianos de su país y á los de Francia; pero uno y otro parece han tenido

un corazon de Neron. La conducta de Minh-Menh ofrece rasgos horribles. Para ocultar en tierra su tesoro hizo que cabase el hoyo una jóven de su corte, á la cual se tuvo buen cuidado de prodigar algunos favores señalados; pero una vez enterrado el tesoro, mandó fuese cosida á puñaladas dicha jóven, y que se le presentase en un plato la lengua de esta para estar mas seguro de su secreto. Cerca de su palacio habitaba otra jóven hija de una familia rica; el tirano la pidió para esposa, y no hubo valor para negársela; pero apenas la recibió, mandó la atasen á un poste en su caballeriza; sus padres, á fin de que la tratase mejor, le ofrecen toda su fortuna; mas luego que él tuvo esta, mandó desatase á la jóven y se la envió á sus padres, los cuales no tenían ya de qué vivir. Tal era Minh-Menh, el Neron anamita. Su hijo y sucesor Thieu-Tri no era mejor. Dicese que este príncipe tenia todos los vicios de su padre; pero que le falta su capacidad. Borracho desde por la mañana hasta por la noche, deja á su primer ministro todo el peso de los negocios y del gobierno (1). Continuaba pues la persecucion en tiempo de Thieu-Tri, cuando unos navios de la misma nacion cristiana á quien su familia debia el trono, se presentaron en la costa y reclamaron se pusiese en libertad á los misioneros que habian sido metidos en la cárcel y puestos en tortura. El temor de los navios franceses y de sus cañones logró lo que la gratitud, la justicia y la humanidad no habian podido conseguir. Mitigóse la persecucion. Desde la muerte de Thieu-Tri, 4 de noviembre de 1847, se espera mas calma en el reinado de su segundo hijo, Tu-Duc, quien parece ser de carácter pacífico; mas estas esperanzas no se han visto realizadas, al menos

(1) *Anales de la propagacion de la fé*; cuaderno de marzo de 1843, n. 87, p. 122.

de una manera duradera; puesto que en 1.º de mayo de 1851 fué martirizado en el Tong-King occidental el sacerdote Agustin Schoeffler, nuestro amigo y compatriota de Lorena y alumno nuestro del seminario de Nancy.

En otro lugar de esta historia, dejamos ya á los diputados de la Iglesia de Corea puestos de rodillas y saludando desde lejos al misionero que el obispo de Peking les anunciaba llegaría de Europa. En 1833 un misionero chino, Pacifico Ly, penetró felizmente en la Corea y se estableció en Seoul, que es la capital. Al mismo pais se encaminaba al mismo pais, á través de la China y de la Tartaria, un vicario apostólico, Mons. Bruguiere, de Francia, cuando falleció el 20 de octubre de 1835. Tenia por catequista y por familiar voluntario á un príncipe de la familia imperial de China, el cual sufrió el destierro por la fé católica.

En 1836 penetraron en Corea dos misioneros franceses, los señores Maubant y Chastan. Un nuevo vicario apostólico, Mons. Imbert, obispo de Capse, habia llegado felizmente en 17 de diciembre de 1837 á la frontera de Corea y se preparaba á pasarla en la noche siguiente con tres cristianos que habian salido á su encuentro. Un obispo, dos sacerdotes franceses y uno chino, este era todo el clero de la nueva iglesia de Corea. Mons. Imbert, que al fin pudo afortunadamente penetrar en la península, escribia el 24 de noviembre de 1838 que sus queridos cristianos se veian frecuentemente espuestos á persecuciones públicas y á vejaciones particulares, lo cual les obliga á menudo á huir á las montañas donde muchos perecen de hambre y de miseria. «Pero aquí, como en todas partes, añade el obispo, la Iglesia es un árbol que se fecunda bajo el hacha que corta sus ramas. En 1836, cuando el señor Maubant penetró en la Corea, contaba esta cuatro mil cristianos lo mas; pero hoy se cuentan ya mas de nueve mil; por ma-

nera que en tres años de apostolado se ha duplicado el número de fieles.» Desde la llegada de Mons. Imbert hasta la fecha de la última carta, es decir, en menos de un año, habian recibido el bautismo mil novecientos noventa y cuatro adultos. El obispo Imbert y sus dos sacerdotes de Francia padecieron generosamente el martirio por su pueblo, el 21 de setiembre de 1839. Todavía habrian podido ocultarse de los perseguidores; pero habiéndose puesto precio á sus cabezas, entregáronse ellos mismos á fin de salvar á su muy amada grey. Un ciento de sus ovejas les habia precedido ó les siguió al cielo con la corona de los mártires; entre ellos muchas doncellas, algunas de diez años (1). El obispo martirizado no tardó en tener sucesor, que fué Mons. Ferreol, consagrado por Mons. Verroles, obispo de la Mandchouria; pero no pudo penetrar en Corea hasta el 12 de octubre de 1845, despues de seis años de tentativas. Fué desde la China por mar en una barca tripulada por doce hombres, que eran hijos, hermanos ó parientes de mártires. El conductor de la barca era Andres Kim, primer sacerdote coreano, nuevamente ordenado en China por el obispo Ferreol, á quien hacia tiempo andaba Andrés buscando medio de poderle introducir en su patria. Fué secundado en sus negocios por los oficiales de la marina inglesa. El número de cristianos en Corea ascendia entonces á unos veinte mil. Para mas fácilmente practicar su religion, casi todos se han salido de las ciudades y marchádos á las montañas, donde forman grupos de dos, tres y hasta veinte cabañas, separadas y aisladas de las habitaciones de los paganos. «Aquí, dice el obispo Ferreol, aquí sí que puede decirse con toda verdad que el Evan-

(1) *Anales*, núm. 93, marzo de 1844, pág. 146 y siguientes.

gelio es anunciado á los pobres; porque la ingrata tierra de estos desiertos apenas ofrece recurso alguno; sin embargo, ellos viven contentos. Algunos hacen los mayores sacrificios á trueque de conservar su fé; antes de conocer la verdad, pasaban dias felices en medio de la abundancia; hechos cristianos, han abandonado á sus parientes que les eran ocasion de caidas y se han retirado á la soledad para seguir á Jesucristo pobres y perseguidos. Por ahora, se halla Corea en tales circunstancias que muchos neófitos han tenido que abandonar sus respectivas profesiones al abrazar el cristianismo, y hé aquí por qué. Los unos trabajan á plateros, á obras de cobre, etc., otros son carpinteros; y como todos los dias se les estaban presentando obras de supersticion que construir, resultaba que si se negaban á hacerlas eran reconocidos como cristianos y entregados á los tribunales, y si se encargaban de la obra, obraban contra su conciencia: entre estas dos alternativas no hay medio para ellos. Así sucede tambien que muchos paganos que conocen la divinidad de nuestra Religion se detienen y siguen en su infidelidad, dejando su conversion para la hora de la muerte. ¡Cuán hermosos frutos de virtudes cristianas produciria esta tierra de Corea si se nos concediera libertad! (1).»

Andrés Kim, primer sacerdote indígena de la Iglesia coreana, fué tambien su primer sacerdote mártir. Habia nacido en el mes de agosto del año 1824. Segun la tradicion del pais, su familia descende de un antiguo rey que reinaba en el mediodia de Corea; pero la familia Kim tiene otro mérito á los ojos de la posteridad, y es el de haber dado muchos mártires á la Iglesia. Desde la infancia fué educado Andrés en la piedad. El misionero y

(1) *Anales*, t. 19, n. 110, pág. 32.

mártir Maubant, luego que llegó á Corea notando en él una inteligencia precoz, le tomó por familiar y en 1838 lo envió á Macao con otros dos jóvenes para que estudiasen latin. Allí, bajo la direccion de escelentes maestros, hizo rápidos progresos en la virtud y en la ciencia. En 1842 y al terminarse la guerra anglo-china, accediendo el misionero Libois á los deseos del almirante francés Cecile, que habia manifestado la intencion de visitar las costas Corea, le cedió el joven Andrés para que le sirviese de intérprete en sus relaciones con la China. En esta posicion, engrandeciéronse sus ideas y afirmóse su carácter; poco á poco fué desarrollándose en su alma una gran intrepidez que le dispuso á llenar las miras que la Providencia tenia sobre su porvenir. Desde entonces las expediciones arriesgadas, lejos de arredrarle, reanimaban su valor. Ya hemos visto que él fué quien introdujo el último obispo en Corea. Acababa de cumplir con una comision del prelado para bien de la mision, cuando fué preso, llevado ante el gobernador de la provincia, conducido á la capital y despues de sufrir muchos tormentos fué decapitado en 16 de setiembre de 1846.

Tras él fueron martirizados otros ocho. Carlos Hiem, nacido en la capital, de una familia distinguida. Su padre habia sido martirizado en la persecucion de 1804; en la de 1809 murieron en la cárcel su esposa y su hijo, y su hermana Benita espiró herida por el hacha del verdugo. Durante algunos años estuvo Carlos al frente de los negocios de la mision; fué á buscar á Mons-Imbert á la frontera de China y acompañó siempre al señor Chastan en la administracion de los cristianos. Su edad y su virtud le habian grangeado el amor y la veneracion de todos los fieles. — Pedro Nam era un soldado agregado al servicio de un gran mandarin militar. En la persecucion de 1839

fué cojido; pero mediante la intervencion de sus hermanos paganos fué puesto en libertad sin hacerlo pasar por la apostasia. Si despues dió algunos escándalos á los fieles, los reparó luego con un generoso arrepentimiento; y finalmente, con el martirio, á la edad de cincuenta y tres años. — El catequista Lorenzo Han desempeñaba con celo su cargo en *Ogni*, pueblo que ha sido completamente assolado por la persecucion. Era un cristiano instruido, fervoroso, y animado de un deseo grande del martirio. — José *Im* era todavia pagano, á pesar de que su esposa y sus hijos habian abrazado ya la fé y de que para proteger á la una y á los otros se hizo satélite ó gendarme en 1839. Con motivo de haber sido arrestado su hijo, que era el piloto de la barca de Andrés *Kim*, él tambien fué metido en la cárcel; pero habiendo rehusado aquel desventurado jóven la gracia del martirio por la apostasia, Dios la trasladó al padre. Desde que se vió preso, encendióse en él un vivo deseo de morir por el Evangelio, á pesar de que le habia estudiado tan poco. Estando delante del tribunal, preguntóle el juez, que sabia que era pagano: «¿Sabes los Mandamientos de Dios?» — «No los sé.» — «Pues si no lo sabes, entonces no eres cristiano.» — «Entre los hijos de una familia los hay grandes y pequeños, los hay que tienen disposicion y talento y que no tienen la una ni el otro; los hay tambien hasta de pecho: los grandes conocen mejor á su padre, los pequeños le conocen menos; pero esto no obstante todos le aman. Yo soy en la Religion como un niño recién nacido; asi pues aunque no conozca á Dios, yo sé que es mi padre, y por eso le amo y quiero morir por él.» José *Im* fué instruido y bautizado por Andrés *Kim* en su prision. Le dieron garrote á la edad de cincuenta años. — Cuatro mugeres alcanzaron tambien la palma del martirio: la doncella Teresa *Kim*, las viudas Águeda y

Susana *Y*, y Catalina *Toki*, nacida de una familia esclava (1). Estas son las últimas noticias que dá el obispo de Corea acerca de su Iglesia, en una carta de 3 de noviembre de 1846.

Hallábanse bastante tranquilos los cristianos de la China cuando en el otoño de 1839 estalló una nueva persecucion. El 15 de setiembre varios mandarines, á la cabeza de unos cien soldados, cercaron de repente la habitacion de los misioneros en la cristiandad de Kout-Chen. Los señores Perboyre y Baldus, paul, y un franciscano, que acababan de decir misa, apenas si tuvieron el tiempo preciso para escaparse, sin poder llevarse otra cosa que el vestido que tenían puesto. Su habitacion fué invadida y saqueada inmediatamente por los soldados, y despues reducida á cenizas. Al tercer dia Perboyre fué vendido por el catecúmeno que le servia de guia y entregado á los perseguidores por treinta taels, como lo habia sido por treinta dineros su divino maestro. Por espacio de cerca de un año sufrió horribles tormentos con un valor heróico y le quitaron la vida dándole garrote el 11 de setiembre de 1840, logrando así la corona del martirio. Juan Gabriel Perboyre habia nacido en la diócesis de Cahors el 6 de enero de 1802; entró en la congregacion de San Vicente de Paul en 28 de diciembre de 1820; fué enviado á la China en el año de 1835 y siguió las huellas de su hermano de religion, el señor Clet, paul, martirizado en 1820. Los cristianos del pais sepultaron los dos cadáveres el uno al lado del otro. Muchos cristianos de la China sufrieron la muerte, la prision ó el destierro; y muchos otros se manifestaron prontos y dispuestos á seguirlos. En el distrito de *Ping-iao-Sien* fué el juez á prender al hijo único de

(1) *Anales*, t. 19, n. 115, pag. 433 y siguientes.

una rica familia y preguntó de paso tambien á las mugeres que se hallaban presentes; mas habiéndole todas contestado que eran cristianas, y despechado al ver que eran muchas, se limitó á describir un círculo alrededor de una jóven que estaba de rodillas y la dijo: «Si sales de ese círculo será señal de que has apostatado;» y se marchó. Tras él se fueron marchando todos, menos la jóven, á la que el temor de abjurar su fé la hacia continuar de rodillas, inmóvil en el estrecho espacio en que la caña del mandarin acababa de encerrarla. Un secretario del magistrado, movido de curiosidad, quiso saber qué habia hecho la inocente cautiva; volvió pues, y encontrándola en la misma postura, la dijo que se levantara y se marchara: «No, respondió ella; antes moriré que dar un paso.» — «Pero si no lo ha dicho de veras el juez.» — «No importa; yo he oido bien sus palabras, y no conozco sus intenciones.» Por mas que insistió el secretario, no pudo conseguir otra respuesta. Viendo esto, borró por sí mismo la línea que su gefe habia trazado y sacó de allí á la jóven.

En otro distrito, en el de *Fai-iuen-Sien*, nuestra fé recibió tambien un brillante testimonio. Queriendo el mandarin adquirir títulos para el favor de su soberano arrojando cristianos, envió casi un ejército para apoderarse de los neófitos nuestros que le habian sido designados como mas fervorosos. Al recibir la noticia de la próxima llegada de las tropas, cuyas órdenes eran bien conocidas, todos nuestros discípulos, hombres, mugeres, niños y ancianos, se presentaron en el tribunal del mandarin, pidiendo que se les abriese á todos la puerta de la cárcel, porque si se tenia por crimen la fidelidad al Evangelio, todos eran igualmente culpables. El juez, que se veia embarazado al observar tenia que habérselas con tantos, les rogó que se retirasen y les dijo que estaba muy dispuesto en favor

suyo; pero como los hechos desmentian sus palabras, se le contestó que entre los cristianos no cabia hacer eleccion entre unos y otros, porque prefiriendo todos la ley de Dios á los decretos del emperador, ó todos habian de ser igualmente condenados ó todos igualmente absueltos. «Es, dijo el mandarin, que el emperador no quiere tantos presos; bastan unos cuantos.» — «Pues bien, aqui estoy yo, decia uno; amárreseme, decia otro; destiérreseme, exclamaba un tercero; ved si temo yo la tortura, decia alguno golpeándose fuertemente; aqui están nuestras cabezas, decapitese nos, decian los mas resueltos. — A todas estas voces que espresaban, no amenazas, sino el deseo de padecer por Jesucristo, agregábase el llanto de los niños; por manera que no tardaron en dejarse oír las murmuraciones hasta de los mismos paganos, que no pudieron ver sin conmoverse la abnegacion de nuestros hermanos por nuestra Religion. Comprendió al fin el mandarin que habia cometido una imprudencia, y se apresuró á poner término á las acusaciones y censuras que salian de las filas mismas de sus guardias, despidiendo á todos los cristianos y prometiéndoles completa seguridad. Antes de retirarse, postráronse en su presencia nuestros neófitos para darle gracias por su bondad, y cada cual se retiró pacíficamente á sus quehaceres (1).

Ahora ¿qué será de la China, que se llama celeste imperio? ¿Va á derrumbarse como los otros imperios terrestres? Hé aquí lo que con fecha 13 de octubre de 1844 escribia un misionero: «Ya habreis oido hablar mucho de la funesta pasion que los chinos tienen por fumar ópio; pasion que será la ruina del celeste imperio. Ella, en primer lugar, acabará por agotar su numerario, pues son incalculables

(1) *Anales*, t. 14, n. 88, p. 304 y 306.

las sumas de dinero que hace pasar á las arcas inglesas. La casa de Mathesson, esta sola casa, ocupa en este comercio treinta navios; y una caja de ópio, que podrá tener unos dos pies en cuadro, se vende ahora en dos mil piastras (cada piastra vale cinco francos ó sea un napoleon). Pero esta pérdida de dinero es bien poco cuando se la compara con la que el uso de este veneno hace sufrir á la parte moral del hombre. El fumador de opio echa en su pipa una bolita de esta droga, tamaño como la cabeza de un alfiler; despues, tendido en su estera, acerca su pipa ya de ese modo preparada á una lámpara encendida á su lado; dá dos ó tres chupadas y saborea su dulzura. Insinúase en sus miembros una especie de languidez, y hé ahí lo que mira como su felicidad; pero muy luego se embotan los sentidos, y ya no se siente nada sino la necesidad física como de un hambre que es forzoso saciar. Es una postracion de fuerzas que se estiende hasta la parte moral, de tal modo que á los cuatro años, ó antes, un fumador habitual se queda inhábil para desempeñar todo destino y aun para atender á sus propios negocios. No tarda en experimentar pérdidas, se arruina, se entrega á la crápula, se hace malhechor, y muere de una manera digna de estos títulos. El uso del ópio embrutece, en toda la estension de la palabra; así es que hasta los mismos comerciantes miran como infame este comercio; pero la inmensa ganancia que proporciona les hace saltar por cima de todas estas consideraciones (1).»

Siendo pues tan lucrativo este ramo de comercio, los ingleses se daban prisa á vender opio á los fumadores de la China; pero quiso oponerse á ello el gobierno chino. De ahí una guerra entre Inglaterra y China, que

(1) *Anales*, t. 18, n. 106, p. 253.

se concluyó en el otoño del año 1842 por un tratado de paz, cuyas principales estipulaciones son las siguientes: La China pagará veinte y un millones de dollars (duros); quedan abiertos al comercio inglés los puertos de Canton, Amoy, Ning-Po y otros dos mas; la isla de Hong-Kong, que domina la embocadura de los dos grandes rios de la China, es cedida para siempre á S. M. Británica. Se estipuló además que las ciudades y puertos del interior de la China quedarían abiertos á todas las potencias europeas que tendrán derecho á hacerse representar por cónsules de su nacion respectiva. A consecuencia de estos acontecimientos el embajador de Francia obtuvo del gobierno chino condiciones cada vez mas favorables para los cristianos del imperio: lo único que faltaba era que estas condiciones fuesen siempre respetadas por los mandarines. Entretanto las autoridades inglesas muestran mucha benevolencia con los misioneros católicos, pues hasta les han ofrecido que elijan terreno en la isla de Hong-Kong para una iglesia, un seminario etc., segun las recomendaciones de la Santa Sede. Hay además muchos soldados católicos en el ejército inglés. Desde la isla de Hong-Kong se podrá tal vez penetrar con mas facilidad en el Japon y la Corea, ó por lo menos recibir de allí noticias.

La mies parece grande y á punto de madurar. Hé aquí dos hechos ocurridos en 1845 en la provincia china de Hou-Kouang. Un cristiano habia perdido en la calle un ejemplar del catecismo, el cual se le encontró y recogió un pagano de *Xam-sin-sien*. Pues bien, este libro fué corriendo de mano en mano por entre las familias mas distinguidas; se leyó una y otra vez; y una doctrina tan nueva y tan razonable hizo formar á aquellos paganos, tan preocupados contra nosotros, una muy diferente idea del Evangelio. Todos querían ver catecismo de los cristianos; en todas las

tiendas de té no se hablaba de otra cosa que de las verdades que el catecismo contenía y todos se quedaban admirados. El pobre neófito, que le habia perdido, temía una persecucion de los mandarines y queria rescatar su libro, á costa de cualquier precio; pero no pudo conseguirlo, porque los paganos le apreciaban ya demasiado para que fuesen á privarse tan presto de él. Enemigos del cristianismo antes de conocer sumariamente sus máximas, apenas llegaron á entrever su espíritu se hicieron sus mas ardientes defensores. Para satisfacer á los deseos de todos, un doctor idólatra se hizo como el apóstol de sus conciudadanos y se encargó de explicar este catecismo á toda la ciudad y aun al mandarin.

El otro hecho acaecido en *Sum-si-sien*, tiene con el anterior alguna analogía. A consecuencia de un informe falso imaginóse el mandarin de allí que los cristianos de un lugarcillo dependiente de su autoridad eran individuos de una sociedad secreta, cuyos principios tendían directamente á derribar el trono imperial ó mas bien la dinastía tártara. Por dos veces fué en persona al tal lugar el mandarin y para mejor cerciorarse de sus doctrinas les cogió un catecismo y un compendio de las pruebas de nuestra Religion santa. Tres días estuvo leyéndolos, y luego que concluyó los remitió con un agente. Pues bien, este agente, acostumbrado al robo, se guardó secretamente el catecismo; pero contra toda esperanza fué esto para Dios el medio de llamar á la fé á aquel bribón. La curiosidad le hace abrir y leer el libro que se habia guardado, sus ojos se abren á la luz de la verdad católica, y ahora ese hombre es un fervoroso catecúmeno así como otro empleado del tribunal (1).

(1) *Anales*, t. 18, n. 107, p. 354.

La verdadera fé obra además otras maravillas. Hémosla visto en el fondo de la India comunicar al pueblo naturalmente pacato y tímido de los anamitas el valor sobrehumano de los mártires, veámosla ahora en las islas del grande Océano comunicar á los mas feroces salvajes, á los canibales y antropófagos, la mansedumbre y docilidad del cordero.

Hace unos diez años que el Gefe de la Iglesia universal dividió el grande Océano en tres inmensas diócesis ó provincias, á saber: la Australia, la Océania occidental, y la Océania oriental.

La Australia, que en 1820 carecía todavía de altar y de sacerdote ha venido á ser despues, bajo la direccion del señor Polding, una provincia eclesiástica en que ya en 1846 se contaban el arzobispado de Sidney, los obispados de Adelaida, de Hobartown y de Perth, una iglesia metropolitana, veinticinco capillas, treinta y una escuelas, cincuenta y seis misioneros, encargados unos del cuidado de la poblacion civil y de las colonias penales, y otros del ministerio de la predicacion entre los salvajes de nueva Holanda y de la tierra de Van-Diemen. Lo mas terrible que hay allí son las colonias penales de Inglaterra, que se encuentran pobladas por cincuenta mil presidiarios, unos por delitos y otros por crímenes; poblacion la mas gangrenada del universo y que cada año se aumenta con seis mil mas que allí deporta la Inglaterra; poblacion que se iba corrompiendo cada vez mas. Los mas criminales é indómitos son confinados á la isla de Norfolk, y parecían tan incorregibles que jamás ministro alguno herege habia osado ni pensado siquiera poner el pié en aquella isla. Pero hace unos diez ó once años que un sacerdote católico con varias visitas que les hizo algunas temporadas produjo allí maravillosas mudanzas: algunos criminales que hacia ya muchos años no sabían hacer